

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 320.—1.º de Julio de 1883.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

¿EN DÓNDE EMPIEZA EL ÁFRICA?

Sabida es aquella frase de que *El África empieza en los Pirineos*, y con la cual se ha calificado de bárbaros á los habitantes de la Península española. Sin discutir la exactitud de la calificación cuando se hizo, ni la que pudiera tener ahora aplicándola al modo de ser de nuestra patria, considerada en su totalidad, nos limitaremos á una fase de la civilización relacionada más directamente con la índole de nuestra Revista, aquella que presenta el modo de tratar á los penados en los pueblos cultos.

Más de una vez hemos censurado la injusticia que resulta de no considerar en otras naciones sino los defectos, prescindiendo de sus buenas cualidades y virtudes, ensalzando las propias más allá de la verdad y sin tener en cuenta los vicios, como si el patriotismo consistiera en ocultarlos y no en atacarlos. Nos parece que no somos sospechosos de adulación para nuestro país, ni de denigración respecto á los otros, y no es un sentimiento patriótico, sino humano, el que nos ha inspirado la pregunta que encabeza estas líneas.

Ya saben nuestros lectores por la *rectificación oficial* de cómo se trata al regicida Passanante; la suerte de los penados de su clase, y como en Italia hay más de CINCO MIL condenados á cadena perpétua, no sabemos cuántos estarán amarrados á ella de la manera que hemos visto.

Muchas quejas, y en ocasiones muy fundadas, al parecer, se han oído respecto al trato que se dá á ciertas categorías de

penados ingleses; el trabajo que llaman duro, se asegura que merece el nombre de cruel, impulsando á cometer crímenes por sustraerse á él durante algun tiempo y prefiriendo el forzado trabajador la posibilidad de una condena de muerte á semejante vida. Y no parece imposible que así sea en un país que tiene vara en los colegios, látigo hasta hace poco en los ejércitos de tierra y suspende solamente su aplicacion en los ejércitos de mar, y conserva el horrible suplicio de *La quilla*.

Rusia tiene una triste celebridad en materia penitenciaria por sus minas de Siberia, su *via-crucis* para llegar á ellas y su aglomeracion homicida en las cárceles-depósitos.

Francia no ha creído poder suprimir en sus colonias penales los *castigos corporales*, que así se llama cortés é hipócritamente el uso del palo y la correa.

Nuestros cabos de vara ya se sabe que no la llevan por adorno, sino para hacer de ella *un uso prudente*, como dice la ordenanza, que ha confiado la justicia á la prudencia de estos caballeros.

En Alemania, véase cómo describe una revista (científica) la manera de tratar á los condenados á muerte, ó que se supone que lo serán. En Berlin, la nueva cárcel de *Moabit*, de que se hacen pomposas descripciones, tiene ocho celdas de castigo (de rigor), cuyo mueblaje consiste en una mesa y un banco fijos al suelo. En la pared hay fuertes anillas de hierro, que sostienen gruesas cadenas sujetas á un pié del recluso. El que dá ocasion al relato es un asesino llamado Sobbé, que además de la cadena sujeta al muro, tiene esposas en las manos, dispuestas de modo que no le permiten levantar los brazos más que á la altura de los ojos; no se le quitan, sino durante los minutos que necesita para vestirse y desnudarse: apenas se acuesta, no solo se le vuelven á poner, sino que se le sujeta el cuerpo á la cama de modo que no le sea posible hacer ningun movimiento. Así que se acuesta, se saca su ropa de la celda, y por la mañana la cama. Durante la noche, la celda está alumbrada con gas, y el vigilante, observando por el ventanillo, no pierde de vista al asesino.

«Todas estas severísimas precauciones (añade la relacion), tienen evidentemente por objeto, no solo evitar las tentativas de fuga, sino las de suicidio.»

Por nuestra parte, creemos que pueden proponerse otros objetos, como:

Impulsar al suicidio, que es el deseo de darse la muerte, no el hecho de matarse cuando materialmente es imposible.

Convertir en compasion el horror que debia inspirar el malvado, y que recae en parte sobre todos los que mandan, ejecutan y pudiendo no evitan semejante tratamiento.

Y por último, probar que en la culta Alemania, no se halla abolida la tortura.

Aunque parezca imposible, hay algo más triste que todo lo dicho. En América, en aquella Pensilvania, cuna de la reforma penitenciaria y del sistema celular, el espíritu de lucro parece haber sustituido á la humanidad; el deseo de explotar á los penados al de corregirlos. Mr. Ricardo Vaux, presidente de los inspectores de la penitenciaría del Este en Filadelfia, dice entre otras cosas:

«Pero si al entrar en la prision el recluso es vendido (vendido, es la palabra propia), ó si el Estado vende su trabajo y sus fuerzas á un industrial que paga un tanto cada dia por el derecho de explotarle, el trabajo se rebaja al venderle y se transforma en un instrumento de explotacion del penado, por todo el tiempo de su condena.

»¿En el sentido más lato de las palabras, semejante trabajo puede calificarse de castigo, de castigo legal y ordenado del crimen? De este modo, el recluso, á quien en nada se trata conforme lo exigirian su carácter y su falta, es una especie de *preso-máquina*, origen de renta para el Estado y de ganancia para el que ha comprado su obra; condenado á trabajar, no por castigo, sino para que ganen dinero sus dos propietarios, el Estado que vende su trabajo, y el industrial que le compra, entrambos con miras interesadas.

»..... El régimen disciplinario de semejantes establecimientos, puede resumirse con una sola palabra: *fuera*.

»Es posible que se hayan hecho algunos ensayos á fin de utilizar el domingo para instruir á los reclusos; pero es poco probable que despues de seis dias dedicados á un trabajo que se compra antes de hacerse, la máquina humana se preste fácilmente á los progresos del sentimiento y de la inteligencia.

»..... por lo cual, semejante régimen no puede ponerse en práctica sino por una administracion que recurra á la *violencia* (1).»

(1) *Bulletin de la Société général des Prisons. Avril 1883.*

Leído lo que antecede, ya no parece imposible el relato hecho por una revista jurídica de Nueva-York, y que reproduce, tomándola del *Popolo Romano*, *La Rivista di Discipline Carcerarie*. Dice así:

«Estos horribles hechos que el corazón rechaza y se niega á creer, han obligado á la Asamblea á una investigación.

»Los casos de barbarie sucedidos en aquel recinto, (la penitenciaría de Sing-Sing) no tienen ejemplo en los países menos cultos, y causarían horror á los mismos salvajes.

»Véase al médico de esta prision, que receta una paliza á un recluso que le pide auxilio, y al Sr. Brush, Director del establecimiento, al cual el médico pregunta si á consecuencia de los palos *ha muerto ya*, responder, *todavía no*, y replicar el facultativo: *le aplicaremos otra*.

»El mismo Sr. Brush, llamado ante la Comisión investigadora para declarar si era cierto que se habían dado 315 palos á un penado, responde; que estos palos se han repartido (como si fuesen peras) *por partes iguales entre tres*.

»Se cuentan por docenas los penados que por no soportar los malos tratamientos se han suicidado, ó perdido el juicio, muriendo en el manicomio. Un gran número han sido apaleados hasta matarlos, ó perecieron despues de arrastrar por muchos meses la vida, en una celda oscura, subterránea, y amarrados como bestias.

»El jefe, lo mismo que los subalternos, hasta el último vigilante, deben sus destinos á consideraciones políticas, y la renta de aquel, sube á unos *treinta ó cuarenta mil duros*, y tanto esta como la del centenar de subalternos, se obtiene á costa de la vida de los infelices, desollados vivos por el excesivo trabajo; cuando no pueden trabajar, se matan ó se roban y estafan de mil maneras.

»La causa principal es la contrata del trabajo. Los contratistas, por lo comun compañías ricas, y los empleados, se asocian de manera que cada penado debe producirles cierta cantidad, y si no puede, se le fuerza á ello hasta matarle.

»Hay tambien algunos que con dinero é influencias pueden vivir cómodamente aunque reclusos. Se cita el famoso asesino Stokes, á quien nunca se tocó, y eso que no trabajaba, recibiendo en su celda racion especial y golosinas que partía con los empleados.»

Estos y otros hechos parecidos que se publican y no se desmienten, ¿son ciertos? ¿Son exagerados? ¿Faltan á la verdad semejantes relaciones, ó están conformes con ella? Sentimos que en el próximo Congreso internacional de Roma no

se trate el asunto para procurar averiguarla por los muchos medios que da la cooperacion ilustrada y filantrópica de tantas personas de países diversos. Si esos horrores existen, si se prueba que son ciertos, no se corregirian inmediatamente por publicarse, pero puestos en la picota de la publicidad y maldecidas por todo el mundo tales crueldades, algo, bastante se habria hecho para que no fueran por mucho tiempo posibles. Dichosos los que han nacido en países con influencia moral é intelectual; que hablan lenguas que se saben en todo el mundo; que tienen iniciativas poderosas y fecundas, y podrian convocar un *Congreso humanitario*. Nosotros no podemos hacer más que desearle, y afirmar, que cuando de penados se trata, *el Africa no empieza en los Pirineos*; que no halla fronteras y que se estiende por todas las naciones de Europa, de América y de Oceanía.

CONCEPCION ARENAL.

UNA POBRE QUE MERECE SER RICA.

El discreto y chispeante literato que, bajo el pseudónimo de *Almaviva*, escribe en *El Imparcial* curiosas revistas de salones, ha publicado, entre ellas, una anécdota en extremo interesante. El hecho es reciente y ocurrido en Madrid. Hélo aquí:

«Al subir en el coche, terminada la última función de gala que hubo en el teatro Real, se le cayó á la marquesa de Sierra-Bullones una magnífica rosa empedrada de gruesos brillantes.

»Una pobre mujer la recogió. Gritó al cochero que parara: éste no lo oyó y siguió á escape su camino.

»La mujer era un ama de cria de Santander, que venia á la Corte á solicitar colocacion. Al llegar, fuése á una casa, donde ya habia servido, en busca de asilo, pero con motivo de las fiestas habia muchos forasteros y no la pudieron recibir.

»Entonces, no sabiendo dónde ir, se puso á pedir limosna.

»Vió los coches que se dirigian al teatro Real y supuso que no dejaria de encontrar á la puerta algun alma caritativa.

»Allí fué donde encontró la rosa de brillantes.

»Un caballero (!) que salia del teatro Real, al ver un objeto que relucia entre las manos de la pobre mujer, se la quiso quitar, diciéndola que era suya.

»La mujer, para librarse del importuno, tuvo que amenazarle con acudir á una pareja de órden público.

»Aquella noche durmió la santanderina en una plaza, sin cenar y con la alhaja metida en el pecho.

»Acordóse al dia siguiente de haber oido que cuando se pierde algun objeto se anuncia en los periódicos, y con los veinticinco céntimos que la dió un transeunte compró un pan y el periódico donde, en efecto, se anunciaba que una señora que vivia en tal calle habia perdido una alhaja al salir del teatro Real.

»La mujer fuése á la casa indicada en el periódico y preguntó por el señor marqués de Sierra-Bullones.

»Éste se hallaba en Palacio, donde fué en su busca la mujer, y le presentó la alhaja.

»—Esta es, en efecto—dijo al verla el marqués—solo que le falta unbrillante, que tal vez se desprenderia al caer.

»—No—insistió la pobre—se cayó al querérmela quitar el caballero (y le contó el incidente), pero aquí está el brillante.

»Interrogada por el coronel Zavala, le refirió su triste historia, el hallazgo de la alhaja y la noche que habia pasado durmiendo al raso con la rosa en el pecho.

»—¿Qué recompensa quiere Vd.?—la preguntó el dueño.

»—Ninguna—respondió la mujer.

»El coronel Zavala llevóse á esta honradísima criatura á su casa, la dió bien de comer, y la envió luego á su pueblo propietaria de una cantidad que servirá para que no se arrepienta nunca de haber sido honrada.»

Hasta aquí *Almaviva*.

Nosotros hemos tenido luego propósito y ocasion de confirmar la verdad del suceso, y por lo tanto podemos añadir que la heroína del mismo se llama María Arce y es natural del pueblo de Tezanos, en la provincia de Santander.

Algo se ha abusado de esos encuentros y restituciones de objetos perdidos, considerándolos como acciones en extremo meritorias y virtuosas. Los principios de justicia, de religion y de moralidad no permiten, en buena y severa lógica, que se denomine acto heroico el que uno no sea ladron, y casi merece la denominacion de tal quien se utiliza de lo que no es suyo, teniendo dueño que lo perdió y pudiendo saber quién sea ese dueño. El deber de estricta justicia en quien tiene un hallazgo es practicar las diligencias posibles para averiguar su dueño y restituírselo: obrando así, se acreditará de ser muy honrado, pero nada más. Es como el que puede estafar

y no estafa, el que puede lucrarse declarando en falso y dice la verdad, ó el que, teniendo rendido á su adversario, arroja el arma con que podria herirle. Son estos y otros actos virtudes de hechos negativos, no virtudes activas, que son las del mérito verdadero y excepcional.

Recordamos haber tenido hace años una polémica en este sentido, sosteniendo que no debia ser agraciado con *premio á la virtud* en el concurso abierto para otorgarlo, un jornalero que, siendo pobre, encontró una maletilla con valores y hallando en ella papeles que indicaban el dueño, le buscó y se la devolvió. Quien así habia procedido, supo vencer la tentacion de una riqueza mal adquirida, fué un modelo de honradez, pero no un héroe virtuoso.

Sin embargo de ser estos nuestros principios, confesamos que la accion de María Arce, tan tiernamente descrita en el artículo preinserto, merece una excepcion en el rigorismo de esas máximas y debe atraer las simpatías benévolas de todos, como ha excitado las nuestras.

Dadas las condiciones de suma pobreza de esa infeliz montañesa, la ocasion tentadora se le brindaba grandemente para apropiarse la rosa de brillantes que hubiera hecho su fortuna; pues aun teniendo una conciencia recta pero poco ilustrada, pudo quizás transigir con ella, pensando que los diamantes no llevaban escrito el nombre de su dueño, que por lo tanto no sabía ni tenía medios de saber á quién pertenecian, y que, ignorándolo, la cosa dejaba de tener dueño conocido, y entraba en la clase de las apropiables por aquel conocido principio del *primi occupanti*.

Pero nuestra heroina no entró en tales sutilezas ni se hizo esos razonamientos de ingeniosa codicia. Sin duda su alma es intrínsecamente buena; debe haber en el fondo de ella un elevado sentimiento de rectitud, de bondad y de temor de Dios, á pesar de la rudeza de su entendimiento, y por eso defendió su hallazgo contra quien queria arrebatárselo y no paró hasta devolverlo á su dueño.

El cuadro de una pobre mujer, una verdadera mendiga, durmiendo en el banco de una plazuela por no tener casa, con el estómago vacío, sin alimento, sin abrigo, sin amparo, pero con valiosos diamantes escondidos en el pecho, es una situa-

cion de interés dramático y conmovedor, que parece más propia de la novela que de la realidad, y para la cual apenas hay palabras bastante expresivas de aplauso y de encomio.

Con hechos como éste, que tal contraste forman con otras fortunas, grandes ó pequeñas, más ó menos mal adquiridas, no hay que considerar *perdida esta sociedad*, como lo vociferan y lo repiten genios pesimistas, que suelen juzgar de la generalidad por algunas excepciones malas. A ellos entregamos esta buena.

Generalizándose el ejemplo de pobres como María Arce, y ricos como el Marqués de Sierra-Bullones, la sociedad actual podría experimentar la más hermosa y fecunda transformación.

ANTONIO GUEROLA.

LA TOMILLOSA.

I.

—¿Falta mucho para llegar á la venta, mayoral?

—Poca cosa, señor, di aquí á una hora larga estaremos en ella.

—¿De modo que ya será entrada la noche cuando nos apeemos?

—Yo carculo que al caer de las nueve nos tendrá el tío Márcos en su casa.

La conversacion no se reanudó. El mayoral embebido en sus funciones de guía y con el manajo de bridas en la mano, Coronela por aquí, Capitana por allá, á esta mula un latigazo, á la otra un palo, entre elocuente rosario de tacos y ternos que no habia más que pedir, ocupábase en animar al tiro, que sacando fuerzas de flaqueza, corria en competencia con el viento, lo cual no era mucho correr, pues apenas si éste soplabá. En cuanto á mi persona, otros eran los pensamientos que danzaban en mi mente. Habia pensado estar en Juncoseco á las diez de la noche, y encontrábame que, á vuelta de mil tropiezos y accidentes que no son del caso referir, todavía faltaban para llegar á tierra de promision cinco horas largas, pues que la célebre venta del tío Márcos, el vizco, á la que llegaríamos en tres cuartos de hora, ni á tiro de fusil

se veía, y aun distaba del bendito pueblo doscientos cuarenta minutos, así como suena. Ofrecíase por ende, en perspectiva, árduo problema con visos de insoluble, en el que eran incógnitas de la ecuación, problemática cena y problemático descanso en una más problemática posada, y por apéndice de fin de fiestas, y como lontananza del cuadro, inquietábame la idea de que á la llegada al pueblo, los amigos que en él me esperaban, hubiesen creído en vista de nuestra tardanza, que no íbamos ya aquella noche, y determinado acostarse en paz y gracia de Dios, por lo que mis huesos se verían en la precisión ó de aceptar burdo camastro en el único meson de la villa, ó de irme á dormir á la copa de un árbol como los pájaros. Gracias á que era el verano la estación reinante, y en último caso, bien podía pasarse una noche de relente y desvelo á cambio de una idem de idem, por obra y gracia de los eternos huéspedes, anejos á los catres de tijera, tan populosos todavía en los tiempos que alcanzamos.

Pero si tal monologuizaba como persona sensata, no lo hacia menos como poeta, sin que sea mi intención decir que estos últimos no estén adornados de cualidad tan preciosa. El caso es, que la noche se entraba hermosa y serena, y si bien mis temores no se apaciguaban, dábales tregua lo majestuoso del espectáculo que me rodeaba. El cielo virgen de nubes y trasparente como nunca, diáfano hasta parecer luminoso; las estrellas, unas corriendo de aquí para allá buscando en vano la sombra donde poder brillar á su antojo, que tambien por arriba hay presunciones, y otras conversando en grupos para ver de destronar á la luna su rival, que esplendorosa en su plenilunio, se mostraba irradiando sus rayos como diciendo á las conspiradoras: «con solo presentarme en escena me basta para eclipsaros.» Acá por la tierra, en medio del silencio de la noche, oíanse los mil vagos ruidos que en el campo se producen, alternando con los ladridos de los perros de ganado, el *cri cri* de los grillos y las cigarras y el aleteo de las gallinitas ciegas que, rastreando las tapias, volaban á tontas y á locas sin darse punto de reposo. Los oscuros olivos, las verdes viñas, las rocas, los tomillos, todo blanqueaba á la luz de la luna; los pájaros descansaban en las copas de los árboles; los reptiles en las junturas de las

piedras. Solo de un modo brusco cortaba la quietud y el silencio de aquellos parajes, el ruido de nuestra diligencia, las voces de los zagales y las alborotadoras campanillas de las mulas. No muy cómodo era el cupé en el que yo iba, pero lo daba por bueno ante las excelentes condiciones del observatorio.

A no dudarlo, al mayoral le estorbaba algo en el cuerpo que cosquillas le hacía. No por otro motivo, aprovechando un momento en que me dejé de observaciones poéticas, me dijo queriendo continuar el diálogo interrumpido:

—Crea usted, señor, que á nadie como á mí le escuecen los retrasos que hemos sufrido... Yo no quería llegar tan tarde á la venta; pero á luego, como el otro que ice, qué remedio: no hay más que soplar y aguantarse...

En realidad, no se me alcanzaba la causa de la pesadumbre del mayoral, dicha de un modo tan aflictivo; así es que solo se me ocurrió exclamar:

—Pues hombre, en este tiempo es un verdadero placer viajar de noche; ni nos ahoga el polvo del camino, ni nos comen las moscas, ni nos tuesta el sol hasta ponernos como carbon de piedra.

—Estamos conformes, señor... A nadie le gusta sudar el quilo, pero... qué quíe usted, no me entran estos sitios de noche. Y gracias á que hay luna, si no... no es el hijo de su madre el que pasa por aquí á tales horas.

—¿Acaso hay peligro de que nos roben?... No faltaria más que su cuadrillita de bandidos, para que fuera el viaje completo despues de los voleos que hasta aquí hemos sufrido.

—No señor, se denquivoca usted... No hay en España gente tan pacífica como esta de estos pueblos... ni tan honrá. Por aquí se pué ir con la bolsa en la mano sin que nadie se meta con usted.

—Entonces no comprendo tu miedo. ¿A quién temes?

—Al diablo.

Con tan buena fé soltó el mayoral estas palabras, que sin serme dada la continencia dí rienda suelta á la risa.

—Sí, sí... ríase usted,—segua el hombre terne en sus trece; —ustés los de la córte en naita creen y de todo se chunguean. Pero tan cierto es lo que digo como que ahora mesmo estamos hablando.

—Vamos á ver,—dije por fin al atascado automedon,—explícame eso, porque, á la verdad, no lo entiendo. ¿De cuándo acá contais vosotros con semejante huésped?

—Qué sé yo. Hace ya mucho tiempo.

—¿Hará grandes fechorías el señor Botero?

—Ya lo creo, señor... le dá por las doncellas.

—Jí... jí... pues no tiene mal gusto y no peca de tonto. Mira tú, en eso todos somos iguales, los de la córte y los del cortijo. Tambien en Madrid tiene el diablo esa manía, pero á lo mejor se arma de faldas y ¡ay de las *doncellas*!

—Con usted no se puede discusionar por lo sério!...

—No te incomodes, hombre, y habla, que rabio de curiosidad.

—Pues miusté, vá usted á comprender el miedo que tengo. No puedo ocultarlo. He peleao contra los carcas en Cataluña, y no me han hecho pestañear las balas; pero con gentes del otro mundo no quiero grescas.

—Si no vas derecho al asunto...

—Pus bien, aquí cerca es donde vive el demonio... á tiro de escopeta del ventorro, en una cañada que se llama del Diablo. Ya usted verá, señor, cuando pasemos cómo se oyen los gemidos de las víctimas y las voces de los que el diablo ha encerrao allá abajo... ¡pobrecicos!...

—Pero hombre, y en estos sitios no hay iglesias, ni conjuros, ni exorcismos...

—Calle usted, si es un demonio como no hay dos; nadie pué con él.

—En eso no se parece al de Madrid. El que por allá vegeta, sobre todo si no gasta pantalones externos, en cuanto huele que no hay dinero en un condenado le deja con un palmo de narices.

—Pus la de aquí, la única que le pone cortapizas es la Tomillosa.

—¿Y quién es esa señora tan valiente? Me alegraria conocerla.

—Es una vírgen que á la boca de la cañada tiene su ermita, hasta hace cuatro ó cinco años en completo abandono.

—Pero, hombre, me parece sobrado irrespetuoso el modo de llamarla. ¡La Tomillosa!... Tú por tú, como si se tratara de

la última moza de la aldea. Con esas familiaridades con la virgen, no me extraña que el diablo se os ponga por montera.

—Pus miusté, así le llamamos toos y así le llamo yo, y ella no se incomoda y nos protege.

—Vas picando mi curiosidad. ¿Hacia dónde cae la cañada?

—A cien pasos más allá de la venta. Antes de llegar al encuentro de la carretera de Junco-Seco. ¿Usté no sabe la historia de esa cañada? Desde que pasó se le llama á la Virgen la Tomillosa.

—¿Historia?... Cuenta... cuenta...

—Yo no tengo aquel pa ello. El tio Márcos se la contará á usté de corrió...

Llegábamos á un paso difícil. El mayoral dedicó toda su atención al ganado; en tanto yo, entre despierto y dormido, dejé volar la imaginación á su antojo, y pensando en la Tomillosa y en la cañada del Diablo, dí al traste con mis zozobras de pasar mala noche, y hubiera querido ser el mismísimo Eolo para haber dado á las mulas las alas del viento.

II.

Las nueve serian, cuando el vetusto carricoche se paraba ante el ancho portalon de la venta del tio Márcos. A buen seguro que un pintor de género no hubiera despreciado ocasion como aquella, en que haber tomado del natural el asunto de un cuadro, pues era, en verdad, pintoresco, el aspecto de la desvencijada casucha de un blanco sucio, con su porche en la puerta de entrada, y su añosa parra á lo largo de las paredes, todo ello á la luz de la luna, que á manos llenas vertia sus dones sobre el ignorado oasis. Ni áun faltaban en el conjunto sus detalles característicos, cuales eran, feroz mastin ladrando á los viajeros que venian á turbarle el sueño, y larga récua de machos atados á los piés derechos de la portalada. Tengo para mí que los demás viajeros no cuidaban como yo de la estética de aquel sitio, y solo se ocupaban en estirar las piernas y tomar el fresco, aprovechando la media hora que tardaria en ser reemplazado el tiro de la diligencia. Precedido del mentor, que en figura de mayoral surgiérame á última hora, me encaminé á la rústica cocina, llevado por la comezon de conocer la historia de la Tomillosa, y deseoso, al

mismo tiempo, de sorprender la vida íntima de aquel, que á D. Quijote se le hubiera antojado misterioso castillo, mansion de infeliz doncella presa de encantamiento y digna de ser libertada de sus cadenas por cualquiera que de buen caballero se preciase.

— Mi entrada en la habitacion sorprendió á los que la ocupaban; pues de ningun modo podian esperar las buenas gentes, que así se entrase de rondon un señorito hasta la cocina. Ancha chimenea, renegrida por el humo, cobijaba, á guisa de enorme montera, el fogon campesino de dos palmos de alto, en el que cocía en pucheros y cazuelas la cena de aquella noche. Sentados, unos en los poyos de piedra, otros en las varas de los pies derechos, quien sobre una saca de grano, cual sobre empingorotado albardon, reian y fumaban en diversos grupos, segadores galáicos de retirada hácia su país, y arrieros de paso, con el sombrero en la rodilla ó colgado al brazo del barbuquejo, en mangas de camisa, y sin importarles un ardite el fuego del hogar, no obstante lo caluroso de la estacion, cosa no extraña, pues que los tales tenian á gala vestir el más burdo paño que ha salido de los telares de Santa María de Nieva.

A casi ninguno le faltaba, como símbolo de autoridad en su oficio, la flexible vara de fresno, atravesada en la faja y vecina de los riñones. Por aqui y acullá banastas con frutas, costales de grano, pellejos de aceite, cabezales y arreos, todo revuelto y colocado con sin igual discrecion donde más estorbaba. Con su cara de luna llena y su panza de cuarto creciente, envuelto en ámplio delantal blanco como el hollin de la chimenea, iba el ventero de un lado para otro, sirviendo á todos y muy sobre sí al verse general aposentador de aquel ejército. De inhábil ayudante al cuidado de las tarteras hacía fresca y basta mocetona, con más barbas que cútis y más grasa en las manos que en las sartenes, desgredada y varonil como un granadero y muy desenvuelta y picotera, con tanta sobra de palabras como escasez de buenos dichos. El amen del cuadro era el mugroso candil de cuatro pábilos, que despidiendo humo á destajo, colgaba de la campana de la chimenea. Apenas nos vió el ventero, vino hácia nosotros con cara de pascua, olfateando por adelantado la propina.

El mayoral le explicó como yo era un señorito de Madrid, que escribía en los papeles y que necesitaba saber la historia de la Tomillosa, noticia que causó en el posadero su tanto de júbilo, pues no era, á lo que supe, la continencia de lengua la cualidad que más le caracterizaba. Así, no se hizo de rogar, y acercando pintada mesita de pino y requiriendo panzuda botella de tintillo añejo, confeccion propia, dispúsose el bueno del hombre á contarme lo que del particular sabía. Algunos arrieros nos miraban de soslayo, y acaso hubo quien pensó que yo era agente de policía sobre la pista de oculto crimen.

—Miusté, señorito—comenzó el ventero—no es usté el primero á quien he contaó la historia de la Tomillosa y de la cañada. Por aquí pasan muchos ingleses de Inglaterra, que son muy aficionaos á enterarse de los chismes y cuentos de toas partes. A toos se les atravesaba en la garganta eso de la Tomillosa, y en seguida querian saberlo sin regatear en el precio de la noticia.

El truhan se paró al decir esto, como para estudiar el efecto que sus palabras me hacian. Yo no quise entenderlas y continuó:

—Pus, señor, hace ya mucho tiempo, no sé si cuando los moros ó los franchutes, se hablaba en estos alcontornos del diablo; pero ya casi nadie se acordaba de él, porque hacía muy pocas fechorías. Mas cátrate que de seis á ocho años á la fecha, á consecuencia, segun dijeron las presonas leidas, de que estos pueblos eran mu liberales, comienzan á nacer jorobaos, á quedarse vizcos los chicos, á enflaquecer las muchachas y á oirse á deshora de la noche balidos como de cabras, ladrar de perros, y sobre todo los sábados una algarabía infernal en los desvanes de las casas, en las que los vecinos olieron más de una vez á azufre. Algunas criaturas empezaron á faltar del pueblo, y á más de cuatro doncellas se las llevó el demonio á la cañada. Las brujas, no se ria usté, las brujas eran, y un primo mio, pastor de un rebaño, las vió salir en cierta ocasion por las chimeneas de una casa, montadas en escobas, con los pelos sueltos y los ojos echando chispas.

Yo callaba oyendo tan anfibológica relacion, esperando

pacientemente á que el narrador se fuera, como suele decirse, al grano. Entusiasmado por mi atencion, el charlatan siguió fantaseando á sus anchas.

—Pronto se tocaron las resultas, señorito; en el Tomillar, aquí cerca, habia una real moza, sobrina del maestro, hembra que no habia más que pedir, pues aquello era un puñado de cosas buenas; pus bien, por más que los mozos la pretendian y la daban música por las noches, ni por esas... naá... que no se peinaba pa denguno y tenia un aquel y unos humos que ya, ya!... Pus señor, que vino un señoron mu rumboso de yo no sé dónde con muchas riquezas y compró una casa y á toos los pretendientes les tumbó boca abajo, porque aquello era un derroche de tirar dinero... Eso sí... guapo lo era el tal mozo, y la muy presumida se enamoró de él hasta las cachas. Pus señor, too el mundo se puso al acecho y notaron que por las noches se veian luces de colores en el caserón del ricacho y á lo mejor salian llamas por las ventanas. El pae cura, el arcarde, los amigos, hablaron á Mariquita y la dijeron que se confesase, que estaba endemoniá y que aquel tio debia ser el diablo. Ella no hizo caso, porque era muy aragonesa, y así las cosas (ella lo ha contaó indispues mil veces antes de meterse monja,) una noche la propuso el que ya era su novio, dirse á no sé qué partes, que tan malas debian ser, que ella temblando como si tuviera calentura no quiso seguirle, porque le quería como Dios manda, matrimonio de por medio. A las pocas noches, quieras que no, la cogió el señorito en sus brazos y se la llevó monte abajo. La infeliz gritaba que era una compasion, pero nadie la via; llegaron á la cañada y volviendo la pobre Maruja á la vida, al verse en aquellos sitios se acordó de la Virgen de la ermita que cerrada permanecía de tiempos atrás. Pero la moza tenia el demonio en el cuerpo y ni de rezar se acordaba; pudo haciendo un esfuerzo agarrarse á uno de los tomillos que por allí abundan; el otro bramaba de rábia porque iba á amanecer. En estas que á ella le vino á la memoria la salve; la rezó; pidió auxilio á la Virgen Santísima, prometiendo tenerla siempre una luz en su casa y de pronto, saliendo del tomillo á que Mariquita se habia agarrado, se le apareció la Virgen sonriendo, y la dijo con voz de cariño cogiéndola de la mano: he oido tus votos y no

temas que yo te protejo. El diablo, porque él era, al ver aquellos resplandores y al oír estas palabras, dió un bufido muy grande, tomó su forma ordinaria con cuernos y rabo, y no pudiendo hacer nada se largó echando sapos y culebras por la boca. La jóven volvió al pueblo, contó lo que la sucediera, y toó fueron rogativas, y se arregló la ermita y se le puso de continuo á la imágen una lámpara de aceite y el día de Nuestra Señora de las Mercedes, toas las chicas de los alcortornos vienen en romería, á traer á la Vírgen velas de cera pa que el diablo no las tiente. Velay por qué se la llama á esa vírgen la Tomillosa. En cuanto al demonio vive desde entonces en la cañada, donde se pasa el tiempo chillando.

De ningun modo esperaba yo una tradicion tan extraña y poética. El ventero se quedó muy satisfecho de su oratoria, al notar mi asombro y no sé si quedaría lo mismo de la propina, por más que en honra de la pátria procuré como buen español, no quedar muy por bajo de los ingleses.

III.

Media hora despues subíamos en el coche y á poco costeaba la diligencia la legendaria cañada. Al punto vino á mi imaginacion su historia, y en verdad que el sitio se prestaba á maravilla, para escenario del drama en él ocurrido. Casi en la boca de la garganta alzábase modesta y grave la ermita, la cual hubiera querido ver por dentro; hube de contentarme con adivinarla. Á través de las rendijas de la puerta se filtraban un rayo de luz, que eternamente mantiene la devocion de los campesinos. Más allá se abria la cañada, junto á tortuoso caminito, entre dos cerros oscuros que hasta el horizonte subian. Las rocas y los arbustos presentaban á la luz de la luna, negras siluetas de mónstruos disformes y saltando por las peñas alborotador torrente que iba á morir gimiendo entre las cañas, bien remedaba el choque de las aguas con los riscos, ayes lastimeros de almas en pena. Confieso que el lugar me impresionó y entonces comprendí el supersticioso pánico de los habitantes de aquellas aldeas y no me extrañó nada que al pasar por la cañada del Diablo se acordasen de la Tomillosa, porque casi me aconteció otro tanto.

Junio, 1883.

ALFONSO PEREZ G. DE NIEVA.